



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA NUM 11649

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24
WERNES 10 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES
El pago sera siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Chamartin 61 y J. Jones, Faubourg-Montmartre 31.

ABOMINACION

Tiene razon la prensa madrileña: hay que revelar donde empieza la traición á la patria y buscar en las leyes la sanción penal á tal delito.

Cuando en España se dividieron los partidos en legales é ilegales y el grito de viva la República era penable en cualquiera forma, momento y lugar que lo pronunciaran los labios, la policía se encargaba de detener al delincuente y entregarlo al juez.

Viva la República significaba entonces un atentado á las instituciones y no se perdonaba. Ahora se grita cosa de mayor gravedad y no sabemos aun de nadie que haya sido sometido á proceso.

De vez en cuando, nacido en pecho infame y traído por las columnas de la prensa ó viajando por los alambres del telégrafo, llegan hasta nosotros gritos que sonrojjan. Mueran España! dicen esos gritos que encienden la sangre y nos ofrecen ante la Europa vana como pueblo sin redención y... sin dignidad.

En esa región levantisca que ha explotado en todo tiempo á España; en ese rincón de la península ante cuyos intereses han sacrificado los gobiernos los de las restantes regiones y algunas veces sus propios prestigios, una minoría revoltosa se mueve impulsada por hidrofobias nacionales y da vez en cuando prorrumpen en epítetos vergonzosos que sublevar el alma.

Llega al principal puerto de esa extensa región una escuadra extranjera y suena el grito infame. Herándonos de rubores el rostro. Promuevese una huelga tomando tintes graves y entre imprecaciones y blasfemias se escucha una voz que anuncia el deseo de aniquilar la patria. Se le ocurre á un ministro visitar esa parte de España y hay que taparse los oídos, porque entre las silbas que echan á rodar por el arrollio los prestigios de la autoridad, se oye algo molesto, denigrante, feraz, algo que parece tremendo bofetón en pleno rostro; algo que produce en el espíritu tempestad de ira y que pide justicia cuando no venganza.

¿Son pocos los que yociferan de tal suerte? Pues que los destinen á sus asilos naturales: á los manicómpios. ¿Son malvados? Si lo son, que se entiendan con ellos los tribunales de justicia, y caiga sobre ellos el fallo de la ley.

No es posible que las cosas pasen adelante. Cuando se maldice á la patria, y se la niega y se aprovecha cualquier motivo para villipendirla, no pueden permanecer tranquilas las almas nobles que la idolatran tanto mas cuanto es más desgraciada.

Hay que poner coto al desenfreno; es preciso desarraigar la mala hierba; hay que acabar con la cizaña, pero pronto, por que no es posible que continúe por más tiempo la benevolencia y menos el triste papel de resignados.

PERCHELERAS

Píed una abeja en tu mano y desde aquella mañana todas las flores que pisa le están pareciendo amargas.

Si me hitiese un toro bravo en medio del corazón, no me cansara más dueño que tu querer me causó.

Quise llegar á la gloria, en el camino te hallé y al mirarte tan bonita dije al punto:— ¡Ya llegué!

Tu corazón se parece á una casa de comercio, gira letras amorosas.

Quiero serralla, al morir que me entierren en el mar; ya que señalar mi tumba es inútil la vía de buscar!

To quejas de que no rezo, y no debiera extrañarte, que para ganar la gloria me has hecho sufrir bastante.

Quisiera ser serranilla, el cura que te confiesa, para saber tus pecados y hecharte la penitencia.

To llevaban á enterrar cuando pasé junto á tí y aquellos ojos negros aún se fijaron en mí.

Narciso Diaz de Escobar

TIJERETAZOS

Dice un periódico que en breve se celebrará en Madrid un Congreso nacional de zapateros.

Ya verán ustedes como una de las condiciones que se votan es el aumento del precio del calzado.

Y á todo esto los consumidores hechos niños tontos sin defender sus intereses.

Ya que los gremios atienden á los sayos dando al consumidor contra la esquina, los que pagan los vidrios deberian celebrar un Congreso nacional y votar una sola condición.

No consumir.

Loemos: «En el salón de Conferencias del Congreso de Madrid que algunos candidatos no cuentan con el apoyo del Gobierno se hayan muy disgustados por encontrar resistencia en los distritos.»

Hombre, bueno es que de vez en cuando diga el interesado lo que se le autoje.

Los que dan los votos tienen derecho á manifestar lo que sienten.

Y á dar calabazas, que nunca pueden estar más en su punto que en este mes de elecciones y de exámenes.

Dice un colega: «El amor á España es grande en Cataluña; lo que existe allí es el descontento que reina en todos los ámbitos de la península.»

No seremos nosotros quien lo niegue.

Pero ¿que sucedería si en Aragon, Valencia, Castilla, ú otra región, hubiera un desdichado que profiriese el grito de muera España?

Quedarla fuera de combate á cogotazos. En Barcelona no se ha producido nunca ese fenómeno.

Y eso es tan raro que llama la atención.

EL PALACIO DEL OPIO EN SHANGHAI

En el barrio europeo de Shanghai, á pocos pasos de la gran ciudad china, se eleva el Nan-giu tsai ó palacio del opio. Es una construcción notable que merece ser descrita.

El porte de la muchedumbre que pufala en los alrededores del edificio revela pronto el destino de éste. Sin dificultad encontramos el casino que á él conduce. Entremos y veremos lo que sobre muchos chinos ejerce una atracción extraordinaria.

Todas las clases de la sociedad están representadas allí. Vemos al tui y al negociante de Honai codicéandose con el mandarín de los últimos grados de la ciudad ó de una provincia lejana. Los dos lados de la estrecha callejuela están ocupados por vendedores indígenas, que ofrecen frutas, libros, adornos, pipas ordinarias, etc., etc.

Con gran trabajo nos abrimos camino á través de la multitud y llegamos al palacio. El momento más adecuado para visitar el local es la noche, es preciso estar dotado de un sombrero de hierro para soportar en un principio aquella atmósfera saturada de humo y de otras emanaciones, pero generalmente se habitúa uno pronto á ella. Una simple ojeada nos convence de que el establecimiento ha sido instalado á no poca costa. El gran salón común del establecimiento se halla iluminado por una lámpara china, que indudablemente costó algunos millares de francos. El techo aparece

riamente esculpido y los muros están revestidos con preciosos mármoles. Numerosas puertas facilitan el acceso á los diferentes gabinetes de fumar.

Los empleados entregan el opio á los criados que sirven á los clientes. El artículo alimenta además un activo comercio al por menor. Muchos aficionados se presentan á comprar el producto para saborearlo á sus anchas. Las pipas son conservadas con esmero cuidado, examinadas y contadas.

Preguntad á alguno de los empleados si no fuma él también de vez en cuando, y os contestará con una enérgica negativa, afirmando probablemente la verdad, porque el propietario del establecimiento exige de sus subordinados una abstinencia completa.

La recaudación diaria se eleva á un promedio medio de 1.000.000 francos, renta propia de un príncipe, según cualquiera puede juzgar.

Hay cuatro clases de fumadores. La cuarta solamente recibe calia, que pagan 110 cahs; la tercera, oriados y otras gentes de igual ralea, que se permiten el lujo de gastar 120 cahs; la segunda, modestos propietarios territoriales y otras personas de análoga condición, que pagan 132 cahs, y en la primera se pagan 150 cahs. La cantidad de opio que se recibe para fumar es completamente igual en las cuatro clases de fumadores, pero las pipas difieren bastante.

Las más finas son de marfil y tienen tubos elegantemente esculpidos y guarnecidos de piedras preciosas. Una pipa de esa clase cuesta 250 francos. En la siguiente, cada pipa vale 150 francos y están montadas en plata. Las de la tercera clase son de cobre y bambú y cuestan unos 75 francos, mientras que las de la cuarta clase son sencillamente de madera tallada y cada pieza cuesta diez francos nada más. Las ciento cincuenta pipas del establecimiento están constantemente encendidas, por decir así. Los clientes se presentan á parés. También la tapicería de los fumadores varía según las clases.

En la superior el fumador de opio se tiende sobre elegantes sofás guarnecidos de cojines de terciopelo. Hay unos cincuenta de éstos. En el centro del gabinete mide una lámpara. La madera de los sofás está adornada con incrustaciones de nácar y de jaspé, de suprema elegancia. Es notable, sobre todo, uno de esos sofás. Los fumadores que desean gozar en el silencio y en la so-

minar sus facciones. Brillantes los ojos, apretados los dientes, levanta la cabeza con esfuerzo; y cuando los cantillos bullentes desahíe, y dirigiéndose á ese compañero dice con voz temblorosa: «Adiós, perdón, hermano!» Quédate hablar más aún, se ve que trata de decir algo afectuoso; pero se limita á repetir: «Adiós, hermano mío!...» Uno de sus compañeros aproxima á él, se dobla la gorra en la cabeza y toma con indiferencia además á un tabaco. Y ante la expresión, de vuestra aterrorizada fisonomía, dice el oficial bostezando; mientras un camarero le amarillento papel: «Lo de cada día, de cada siete horas».

¿El abito? Acaba de ser el defensor de Sebastopol en el campo de la guerra, y vuelve por vuestros mismos pasos; sin prestar, cosa extraña, la menor atención á las proyectiles de cañón y á la lluvia de bombas que caen durante todo el camino. He aquí el oficial de las trincheras de Sebastopol con tranquilidad; con el espíritu combatido y confortado, para poner ya la consuetudina corteza de que nunca, en ningún lugar será quebrantada la fe del pueblo ruso. Es una seguridad la habeis adquirido, de la solidez de los parapetos y de las trin-

cheras silvando y orguenlo; las piedras, sacudidas, chocan entre sí, y el fango se salpica todo. Ante ruidos tan diversos, sentis extraña mezcla de gozo y de terror. Mientras veis el proyectil amenazando caer sobre vos, apúdeos á la imaginación infaliblemente la idea de que os ha de matar, pero el amor propio os acobarda y á nadie dais á conocer el pánico que os taladra el corazón. Por eso cuando pasó sin tocaros, renacéis por un instante, cierta sensación de inapreciable dolor que apodérase de vos, hasta el punto de que encontráis encanto particular en el peligro que os amenaza de la vida y de la muerte. Hasta quisierais que la bala ó la bomba cayese más cerca, muy cerca de donde estais. Pero he aquí que el centinela anuncia con voz fuerte y llena: «Un mortero!» y repitense el silbido, el golpe y la explosión, acompañados de un grito hurragano. Os acordáis del herido á la vez que los camareros. Revolvéis en el todo mezclado de vuestros pensamientos, el recuerdo de la parte del pecho que os atravesó por el primer momento. El ruido de fango, no expresa más que el grito y el arrastramiento prematuro del dolor, sensación familiar al hombre en aquel estado, pero cuando irse en la oscuridad y en ella acéptase el por sí mismo sobre el ganado libre, exaltada expresión, ráfaga de una idea clara y contenida viene á ilu-

esplanadas. Tal vez encontraréis allí á cuatro ó cinco marineros que juegan á los naipes, protegidos por el parapeto, y un oficial de marina que, al ver aparecer una cara nueva, un curioso, se complacerá en iniciaros en los detalles de su domicilio y poderos dar todas las explicaciones que apeteciais. Aquel oficial, sentado sobre un cojín de la con tanta tranquilidad un cigarrillo de papel amarillento, pesa tan desahogada de una sesión, á otra y os habla con sangre fría tan natural, que os parece la vuestra á despecho de las balas que silban en vuestro número. La preparación de un momento á sus miradas, él os describe, si se le indica, el bombardeo de la estación de la batería con un solo cañón á la vez; sus detalles reducidos á ocho, y que, no obstante, se dice por la mañana voyis á hacer flego con todas las piezas. Os contará igualmente cómo penetró una bomba el día 5 en un abrigo y destruyó á ocho marineros. A través de una trinchera os indicará los artilloberamientos y baterías del enemigo, del cual os separan únicamente una trinchera y tantas sagenas (1). Aunque tanto que si os inclináis sobre el plano de la posición para mirar mejor las posiciones enemigas se veis nada, ó que, al por ventura, distinguís algo, os sorprendáis al saber que aquel ma-

